

las implicaciones que amenazan nuestra vida de fe colectiva

algo sobre el totalitarismo

Debemos preguntarnos los españoles si vivimos nuestra fe con un auténtico compromiso cristiano, si no es en ocasiones heróico creer mientras se sufre la injusticia de los "cristianos", y la Iglesia permanece silenciosa ante ella. Me he propuesto analizar algunos puntos de la realidad sociológica española para ofrecer elementos de reflexión que ayuden a centrar nuestro compromiso personal y comunitario.

Se ha dicho, que el totalitarismo es la impaciencia de los poderosos. Con muy buenas intenciones de eficacia, porque hay muchas cosas que hacer y no se pueden dispensar las fuerzas, se concentran con frecuencia todos los recursos (políticos, económicos, sociales e incluso religiosos), para conseguir unos objetivos previamente fijados que se piensan son los mejores.

El totalitarismo será siempre una tentación para todo el que quiera hacer algo serio en cualquiera de las esferas de la sociedad. Lo vemos hoy en muchos países de Occidente y de Oriente. Pero hace falta tomar una perspectiva más amplia, una perspectiva histórica, y reconocer serenamente que la eficacia pretendida por cualquier totalitarismo —sea comunista, católico o hitleriano— antes o después se convierte en un mito alienador de las personas que no llegan a conseguir su libertad terminal. Después de la cultura dirigida, después de la economía dirigida, sólo faltaba el sentimiento dirigido, es decir, el amor y el odio masivo de todo un pueblo fabricado con la misma racionalización intensiva que los productos en serie.

El totalitarismo supone una desconfianza radical respecto al pueblo, que lleva a orientar la actividad política al margen de su intervención. Que España sea diferente es sin duda un buen slogan turístico que utilizado sabiamente por la propaganda puede proporcionarnos un abundante número de turistas y de divisas. Pero una cosa más seria que a mí me duele profundamente es que se aproveche lo que no pasa de ser un slogan para hacer toda una filosofía interesada y pesimista de las posibilidades reales de civismo. ("demonios familiares"), educación y cultura que el pueblo español tiene en reserva.

Pero ¿sobre quiénes recae realmente en España esa tremenda responsabilidad de las grandes decisiones sobre los destinos de la nación? Ya sabemos que existen en nuestra patria unas Leyes Fundamentales y disposiciones complementarias en las que los puntos neurálgicos quedan perfectamente definidos y jerarquizados mediante formulaciones técnicas. Introducirnos en un análisis por este camino sería una tarea larga y arriesgada sobre la que difícilmente llegaríamos a unas conclusiones convincentes. Este trabajo desbordaría además los límites de un artículo.

Existe otro camino más comprometido, menos trillado en nuestro caso, menos roturado, que consiste en consultar al pueblo. Cuando la "gente" tiene al menos la sospecha difusa de que en España, a la hora de la verdad, los que realmente tiene algo que decir son "los militares, los bancos y los curas", y esto lo plasma en chistes que recorren de sonrisa en sonrisa toda la geografía española, esto es algo que por lo menos debe hacernos reflexionar.

el capitalismo y la política

Hace muy poco, el profesor Tamames ha dejado científicamente demostrado en su libro *Los monopolios en España* que la oligarquía financiera e industrial es el auténtico protagonista minoritario y privilegiado del desarrollo nacional. Conocemos también, gracias a este estudio, las graves consecuencias políticas que de esta situación se derivan y las trabas que oponen estos privilegiados de la fortuna al establecimiento en España de una democracia política y económica integral. Los Bancos son en última instancia los que a través del mando sobre el capital poseen el control decisivo sobre el crédito y en gran parte sobre el desarrollo. De esta manera pueden desviar las mejores intenciones de los que poseen la última responsabilidad en las grandes decisiones sobre la nación.

Las críticas más claras que sobre el I Plan de Desarrollo se han hecho tocan concretamente este problema, y no cabe otro camino que el que señalan los más fuertes a la hora de planificar. Esta es la única explicación satisfactoria sobre los graves intereses humanos e incluso políticos que en dicho Plan quedan postergados o desatendidos.

Ahora bien, la moderación de los monopolios capitalistas se realiza normalmente por medio de cuatro elementos constituídos jurídicamente en los países desarrollados: la democracia política, las instituciones sindicales, los planes de desarrollo económico y social, y la redistribución fiscal. Pero ¿qué pasa en España para que estas instituciones no contrapesen en la medida que sería de desear al inmenso poder bancario y capitalista? La nacionalización de la Banca que el profesor Tamames justifica no sólo por razones políticas y macroeconómicas, sino incluso sobre la base de criterios de racionalidad económica a nivel de empresa ¿bastaría por sí sola para acabar con toda una serie de desórdenes que actualmente padecemos? ¿Quiénes son los que realmente se oponen a esta operación y qué principios invocan? ¿De qué manera incidirían sobre este nuevo centralismo los actuales grupos de presión nacionales y extranjeros?... Son preguntas que todos debemos hacernos a la hora de meditar sobre el futuro político y económico de España.

las fuerzas de orden

En España el ejército y las fuerzas de orden interior, a juzgar por los presupuestos nacionales, deben ser muy numerosos, aunque no poseamos datos oficiales sobre este particular. En el Anuario de Estadística podemos constatar que el presupuesto para el bienio 64-65 correspondiente a los Ministerios del Ejército (sin contar los destinados al Ministerio de la Gobernación) igualan a lo invertido en el Ministerio de Educación y Vivienda juntos, y los correspondientes a los Ministerios del Ejército y al de Gobernación son casi el triple de los dedicados al Ministerio de Educación y Ciencia.

El Ejército, según el punto IV de los Principios del Movimiento, tiene la función de mantener la integridad de la Patria y es garantía de su seguridad y expresión de las virtudes heroicas de nuestro pueblo. Pero hace muy poco, un alto cargo militar durante un acto oficial ha afirmado públicamente que en las circunstancias actuales y dada la improbabilidad de una amenaza de la nación por enemigos exteriores, una de las funciones del Ejército era la de mantener los Principios del Movimiento frente a los enemigos interiores de la patria...

Por poco que indaguemos sacaremos la impresión de que en un gran número de españoles existe una profunda sicosis de miedo —aún para expresar con libertad sus propias opiniones en un círculo de amigos— que se exterioriza en frases como “las paredes oyen”, “luego todo se sabe”, “más vale no hablar”... y que imposibilita de hecho la convivencia interpersonal y la reduce casi al superficialismo de los deportes y los toros. Este miedo se refiere en concreto a la represión por parte de las fuerzas de orden público, sobre las que sabemos oficialmente muy poco acerca de su número, sus sueldos y complementos, etc., etc.

El miedo, junto con el aburguesamiento de la clase obrera —ambos científicamente mantenidos— son los factores que más paralizan la acción eficaz de las personas conscientes que buscan en la libertad la promoción integral del pueblo a través de una lucha contra las alienaciones personales o colectivas. Reflexionando sobre este problema que nos ocupa, cabe el que nos preguntemos hasta qué punto el pueblo español en sus temores y esperanzas identifica a la religión con la política, la burguesía, la represión de las huelgas y la incultura.

Para abordar este punto necesitamos armarnos todos de un escrupuloso amor a la verdad y desligarnos de todo prejuicio que pueda oscurecerla. Una minimización de los defectos y omisiones de la Iglesia puede argüir un complejo de inferioridad que nos impide enfrentarnos con la realidad.

Es verdad que muchas de las acusaciones que circulan hoy en la clase obrera sobre la Iglesia habría que matizarlas y a veces tal vez carezcan de razón, pero existe en ellos un bloque impenetrable de celos que por sí mismos constituyen un fenómeno sociológico que condiciona la evangelización de los pobres.

Tenemos en primer lugar el grave problema de nuestra guerra civil, cuyas consecuencias para una tarea de evangelización no hemos valorado suficientemente, escudados quizás en ciertas ventajas innegables. No podemos olvidar

que a la guerra se le dió desde sus comienzos un carácter de Cruzada religiosa, pero tampoco olvidaremos que al mismo tiempo, y por parte de la burguesía, ofrecía claros matrices reaccionarios contra el avance progresivo de una emancipación obrera.

Desde los primeros momentos se enfrentaron complejamente dos planteamientos: el de los que buscaban la justicia por un camino equivocado, ya que creyeron que debían antes acabar con la religión que consideraban alienadora, y el de los que procuraban restablecer a toda costa unos derechos adquiridos, amparados en motivos religiosos y mediante unas armas que habían sido bendecidas por el Episcopado. Así llegó a crearse en una de las partes un clima de "guerra santa" —concepto que hoy aparece como contradictorio desde un punto de vista teológico— que hacía excusables ciertas medidas violentas para la victoria, mientras la otra parte se veía interrumpida y frenada en sus deseos de justicia por fuerzas que se presentaban como defensoras de la religión. Desórdenes e injusticias espantosas en el modo de proceder las hubo en ambas partes, y el que en una de ellas se dieran en unos grados más elevados es algo completamente indiferente para el planteamiento del problema.

En 1953 se firma el Concordato hoy vigente entre España y la Santa Sede. La Iglesia española, movida sin duda alguna por un deseo de eficacia en su evangelización, acepta una serie de facilidades y privilegios que en realidad se convierten en un obstáculo para la fe del pueblo que no deja de considerar estas concesiones como una participación más en los derechos del vencedor.

Todo lo demás por grave que parezca es sólo una consecuencia de estos planteamientos de base. Cuando el clero español puede conseguir adeptos para la Iglesia católica valiéndose de los poderes civiles y militares ya no siente la urgencia de la evangelización y la fuerza del testimonio cristiano es sustituida por la fuerza de lo ambiental. Muchos "buenos patronos" entre "sus obreros" siguen fomentando ciertas prácticas religiosas durante el tiempo de trabajo, sin evitar la explotación. Esta coacción sobre las conciencias pudo incluso llegar a veces, hasta hace muy poco, a la triste escena de una pareja de la Guardia Civil obligando a los trabajadores que salían al campo a cumplir antes con el precepto dominical. Igualmente, y para no citar más que un ejemplo de esta implicación de la Iglesia, hace sólo unos meses un obispo concedió autorización a la policía para sacar de una iglesia a un grupo de obreros que se había refugiado en ella huyendo de sus golpes.

Todos sabemos ya lo que las actuales estructuras políticas españolas representan para el mundo obrero. Frente a este hecho hay posturas por parte de la Iglesia y los poderes públicos que la clase obrera interpreta, con causa o sin ella, como exponente de confusión y apoyo mutuo entre la Iglesia y el Estado.

Por parte del Estado se suele comentar sobre todo: la apelación constante de los dirigentes a Dios y a la religión, la propaganda excesiva de sus magnanidades para con las instituciones eclesiásticas, los sueldos estatales para el culto y clero, la difusión continua de los recuerdos de los años de la preguerra asociados con la quema de conventos y matanzas de eclesiásticos, el derecho de presentación de obispos, el airamiento desmedido desde órganos oficiales de opinión pública de fotografías, manifestaciones, actos cívicos... en los que intervienen sacerdotes y obispos; la discriminación favorecedora de los católicos en la vida pública, la apelación continua a la unidad religiosa como base para

la unidad política nacional, la presentación machacona de "lo nuestro" como la avanzada de la doctrina social de la Iglesia. . .

Por parte de la Iglesia: la escasez de documentos que enjuicien situaciones concretas que presentan aspectos de desacuerdo con la doctrina social del Magisterio eclesiástico, el silencio y la pasividad ante violaciones de derechos humanos —como en la confusión de la postguerra y las recientes huelgas—, las alabanzas desmedidas de obispos y sacerdotes a autoridades civiles, el clasismo en la enseñanza, la presencia de sacerdotes y obispos en instituciones oficiales como Sindicatos, Falange, Cortes. . .; el cuidado y la escrupulosidad para que no se implique a la Iglesia en la "política" mientras se toleran manifestaciones de grupos eclesiásticos que implican una opción temporal y técnica a favor del sistema político. . . Además, los sucesos políticos en España dieron origen a una mentalidad segregacionista, que aún perdura en amplios sectores de la burguesía católica y del clero, que sitúan a los católicos a la derecha y a la izquierda a los obreros y a cualquiera que se identifique con sus intereses.

iglesia, capitalismo y burguesía

Con respecto a las relaciones en general de la Iglesia con el capitalismo nos dice Mons. Ancel: "en los medios populares existe la firme persuasión de que la Iglesia está ligada al capitalismo. Esta persuasión es profunda, casi universal, y frente a ello es una realidad que la clase obrera es anticapitalista". Concretamente en España la burguesía capitalista ha mantenido una dialéctica bien determinada en relación con la Iglesia y la religión pasando de la guerra declarada (recordemos por ejemplo la historia de la desamortización) a la búsqueda de una alianza con la Iglesia para proteger los propios intereses.

Por añadidura la burguesía ha de compaginar sus lujos, sus enriquecimientos y sus escándalos con la asistencia a la Iglesia, mientras el pueblo sufre profundamente. Los obreros constatan simultáneamente la resistencia de amplios sectores del catolicismo a su promoción y justas aspiraciones y la contradicción que existe entre la doctrina y la práctica, y terminan por situar a la Iglesia en el campo de los enemigos, junto a sus opresores inmediatos.

Poco importa al pueblo que de vez en cuando la Iglesia publique pastorales de justicia social: "también los gobernantes hacen su demagogia". Y es que los que sufren pobreza poseen una maravillosa intuición para diferenciar entre lo que es palabra y lo que es acción, entre lo que es acción estética y lo que es acción radical, total, de salvación; entre el reformismo y la revolución.

Al lado de estos graves problemas, consecuencia de las premisas anteriormente enunciadas, existen otros muchos que están condicionando la evangelización del mundo de los pobres. Bástenos con enumerar la pasión que tiene el pueblo por la libertad, frente al caciquismo de los curas o el paternalismo asistencial y amarillista de algunas organizaciones apostólicas; la pasión por la justicia en el acercamiento, frente a la predicación de la resignación y del acercamiento de las clases sin una base de justicia; el espíritu revolucionario que exige una radical transformación de este estado de cosas frente a la oposición sistemática, por parte de los que se llaman católicos, a la promoción obrera.

Pensemos también en los problemas de inadaptación pastoral: miedo y timidez de muchos sacerdotes ante el obrero adulto por sentirse rechazados y extraños como hombres en ese mundo; pensemos en nuestro concepto pesimista de la clase obrera, en la inadaptación misma de la formación de los seminarios teñida de irrealismo, moralismo, abstracción e idealismo, en nuestra cultura clasicista tan distanciada de la cultura obrera, en la misma escasez de sacerdotes preparados y especializados para la evangelización de estos medios. El asunto de las riquezas de la Iglesia y del dinero en torno al culto y al altar ha sido aireado demasiadas veces para detenernos en él. Es pues todo un problema de inadaptación el que se haya aquí en juego.

Esta dolorosa situación explica muy expresivamente las razones que muchos españoles de espíritu libre han tenido para sentirse enfrentados a la Iglesia. No les ha hecho falta ser ateos. Muchos creyentes de alta conciencia, que no sienten la religión a la manera supersticiosa y están por otra parte incapacitados para aceptar la dimensión jerárquica de su fe, tienen el convencimiento de que desacatar a la jerarquía española no es ofender a Dios.

Pienso que estas reflexiones serenas y tranquilas pueden ayudarnos a que nos enfrentemos con la realidad con toda valentía y honradez. El cristiano no debe sentirse acomplejado en cuanto cristiano porque sabe por la fe que la Iglesia católica es indefectible por disposición divina, independientemente de los posibles pecados de sus miembros, incluso de los que ejercen funciones jerárquicas.

Existen también otros aspectos positivos. Pero teniendo en cuenta la permanente campaña de propaganda por todos los medios de difusión en la que sólo se presenta la cara positiva de ciertas cosas (e incluso la cara positiva de lo negativo) es necesaria, sobre esas mismas cosas, una confesión sincera aunque de tonos oscuros.

Quisiera que el verdadero significado de estas líneas se interpretara como una profundización en el dicho insinuado por los Padres Conciliares de que es llegada ya la hora de "reconciliación entre la Iglesia y la clase obrera". Y una cosa parece bastante clara: o la Iglesia renuncia de hecho a sus privilegios y lucha contra la estructura burguesa de la sociedad, o pierde la posibilidad de cristianizar a las masas.

Pensemos finalmente que la Iglesia puede ser libremente respetada cuando ella se hace respetable. Si en España las manifestaciones populares se han vuelto frecuentemente contra los templos, ¿no será porque la Iglesia ha estado asociada con los poderes políticos y económicos en las injusticias que se han cometido con el pueblo humilde y trabajador? Quizás en el fondo de esas reacciones anticlericales se oculte una dolorosa frustración: la de un pueblo de vocación mística que siente contra nosotros —jerarquía, sacerdotes y católicos tradicionales— el resentimiento de que con nuestra conducta no les hemos dejado creer.